



MADRID AL DÍA

TEMPERATURAS DE LA CAPITAL

Madrid - Barajas

Máx. 31,2°	34,6°
Mín. 17,2°	16,5°

PRESIONES
705 y 702,8

SIETE profesores, siete, necesita la Banda Municipal; fiscornos, bombardinos..., ¡qué sé yo! Por soplar con arte en la boquilla de uno de esos instrumentos se pagan veintiuna mil pesetas al año, con lo que, a pocas cuentas que se echen, se ve que el soplado está a un precio "trao".

Uno se acuerda de la historia aquélla del relojero que cobró a cierto cliente un duro por soplarle en su reloj para que la máquina volviera a marchar. El precio del "trabajo" se descomponía así: una perra chica por soplar y las otras noventa y nueve por saber dónde había que soplar. Los magníficos músicos que ingresarán en las huestes del maestro Arámbarrí saben dónde hay que soplar y cómo hay que dar los soplos, cosa ésta mucho más difícil. Sin embargo, sus alardes insuflatorios resultarán baratísimos si se comparan con lo que le "sopla" a usted un fontanero, un fumista, un carpintero o un electricista por cualquier chapuza que usted—¡Dios no lo quiera!—tenga que hacer en su casa.

Probablemente hemos llegado a una época en la que introducir clavos en las paredes, soldar tuberías de plomo o escarbar chimeneas es cosa mucho más delicada e importante que darle al clarinete. En Madrid es más fácil encontrar un violinista y llevarlo a casa para que las chicas organicen un "guateque" que convencer a un fontanero para que arregle los grifos de la cocina que lloran a lágrima viva, si la casa no está—como ustedes supondrán—en los altos de Vallecas.

En otros países más adelantados este problema se ha resuelto, según cuenta Manolo Casares en una crónica de los Estados Unidos, convirtiéndose el amo de casa en un hombre mañoso que se hace todos los trabajos caseros para ahorrarse los escandalosos dólares que le costaría encargarlos a especialistas. La verdad es que para eso no merece la pena de irse al extranjero y mejor estamos aquí, aunque haya que echar instancia para que le trabajen a uno esos aristócratas del soplete, el cepillo o la brocha.

Pero no nos metamos en cuestiones laborales. Las noches son ahora deliciosas, y sale barato pasarlas en una terraza de la Gran Vía, a condición de conformarse con una taza de esa pócima misteriosa, cual fórmula atómica, llamada, no sabemos por qué vagas nostalgias, café.—ISIDRO.